

la mano del Creador parece haber puesto en las profundidades de su grande obra llamada: "Naturaleza!" Sí, una de las más grandes aspiraciones del hombre ha sido ésta y será siempre, mientras lleve en su cerebro esa auréola luminosa, esa chispa de luz divina que ilumina los cerebros de los grandes genios. Él, sintiendo un vacío muy grande en su cabeza y teniendo sed de conocer sus secretos más ocultos, ha trabajado sin cesar, ha consumido su vida en el obscuro y solitario rincón de un gabinete ó en elevado Observatorio de un palacio, ó bien estudiando á sus iguales, ha querido descubrir las inmutables leyes del espíritu humano ó el por qué de la vida de un animal, de la vida de un vegetal y..... ¿ha conseguido todo lo que deseaba? No, es verdad; pero contemplad al mundo en su época naciente y contempladlo hoy. ¿Se parece.....? imposible. ¿No es verdad que hay entre ellos una cosa que los separa por completo? Sí; entre estos dos mundos está la ciencia como un raudal innagotable de radiante luz que ha esparcido su esencia purísima en la vida del Planeta y..... me preguntaréis, ¿quién ha escudriñado esta ciencia; quién la ha despojado de su envoltura primitiva, poniendo á nuestro mundo en el grado de perfección en que hoy se encuentra? Ahí lo tenéis; es el hombre. Ya véis de cuanto ha servido que su capital, su trabajo y su vida misma, los consagre al estudio de la Naturaleza, pues él ha contribuído para levantar al mundo del indigno y desgraciado polvo de la ignorancia. Con esto ha traído del seno de la Naturaleza un pobre átomo de sus secretos, pero si ha hecho, ¿cómo no creer que trabajando más y más pueda, aleteando en sus inmensidades, descubrir todos sus secretos, los que tanto ambicionamos conocer?

Oh! sí; fiemos en Dios, esperemos en la Ciencia y lo obtendremos, y después de descubrir estos misterios, cómo no decirle al futuro siglo, orgullosos con nuestra victoria:

¡Detente! el Hacedor Supremo se acerca y podemos tener en nuestras manos á la Gran Naturaleza!

México, 13 de Julio de 1895.

LAURA MARTÍNEZ.

CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DE LA TUBERCULOSIS.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

CUANDO la noche tranquila tiende su manto de sombras, cuando se contempla el pabellón azul en el cual poco á poco van apareciendo y alfombrándolo millares de diamantinas luces que preceden á la melancólica reina de la noche, cuando ésta aparece con su pálida luz rielando el zafiro inmenso de los cielos, el pensamiento se pierde en las regiones de lo infinito, y esos faros y ese océano de misteriosa luz, ponen de relieve la majestuosa obra del Hacedor. Y después cuando el astro Rey con la majestad de un soberano atraviesa el diáfano cielo esparciendo sus rayos de nacaradas tintas, nuestro espíritu se extasía en la contemplación del cuadro no menos hermoso que entonces le presenta la naturaleza. Espesas y frondosas selvas de árboles seculares que suspiran al contacto del aire, elevadas montañas que cual inmensas tazas de alabastro, constantemente derraman las aguas de sus nieves fundidas en sonoras cataratas; extensas llanuras tapizadas de mullido césped y surcadas por multitud de ríos que corren fertilizándolas con sus cristalinas aguas, arrullándolas con su dulce murmulio y formando copos de nacarada espuma al chocar contra

las rocas; unas veces convertidos en torrentes brillantes como ríos de plata, transparentes como un cristal fundido y espumosos como los copos de nieve; otras al despeñarse formando mil y mil argentados hilos que vienen á perderse entre una nube vaporosa.

¡Qué pensamientos tan grandiosos, qué éxtasis tan sublimes se sienten junto á ese altar que puede llamarse imperecedero: ¡la Naturaleza!

Pero todas estas maravillas, todas estas bellezas, ¿de qué le servirían al hombre, si el Creador no le hubiera dotado de un don todavía superior, la inteligencia? ¿De qué le serviría tener la impresión de los sentidos si no podía percibir la belleza y armonía del mundo sensible? Por la inteligencia el hombre ejerce un dominio absoluto sobre todo lo que le rodea; por ella ha podido convertir los desiertos en amenos jardines y los eriales en campos de mieses, en feraces vegas, en verdes praderas; por ella las aguas de los ríos, fuentes y lagunas, han llegado á ser tributarias de la agricultura y de la industria; por ella, en fin, el hombre se eleva á la contemplación de todo lo que le rodea, y ¡cuán bello es entonces el panorama que se extiende hasta su absorto espíritu! esos horizontes que se extienden hasta el infinito, convierten su pensamiento de pigmeo en atleta, que avanza por el seguro derrotero que conduce al más grandioso perfeccionamiento intelectual; en águila que afanosa inquiere por qué huella el espacio esa pléyade infinita de lucientes astros que en apacible noche contemplamos; que atrevido, cual condor magestuoso, se eleva en su insaciable anhelo hasta tocar las célicas mansiones del Eden.

Pero, ¿qué sería de este gran ser dotado de todas las cualidades físicas é intelectuales, si no supiera dirigir las, gobernarlas hacia su propio provecho y al provecho de su especie? Sería indudablemente un ser casi irracional y por lo mismo dañoso á sus semejantes y á sí mismo. Mas afortunadamente la instrucción ha hecho surgir genios que al abrir la senda del estudio, que al marchar á la vanguardia de la actual ilustración,

echaron los cimientos de la civilización y del mayor bienestar de los pueblos.

Ardua y espinosísima ha sido la tarea que se han impuesto estos misioneros del progreso; pues han tenido que atravesar por medio de la obscuridad, que tender sus alas encima del cieno, que luchar contra la ignorancia de la estupidez y contra la mala fe de la maldad. Y, sin embargo, sólo ellos han sido capaces de buscar, de producir esos monumentales actos científicos que siendo ininteligibles para el vulgo, fueron en un principio calificados como quimeras por el refractario obscurantismo.

Infinidad de ciencias han surgido á impulsos de esos héroes del progreso, descollando entre todas por su importancia, la que se refiere al hombre mismo, á ese ser cuya existencia no es más que una serie de ayes y gemidos arrancados al alma en medio del sufrimiento, en medio del dolor.

Podemos considerar bajo dos aspectos la ciencia que se refiere al hombre: la ciencia del espíritu y la ciencia del cuerpo. Al estudiar esta última al hombre como ser vivo y orgánico, manifiesta la organización del cuerpo y el ejercicio de las funciones que establecen en él la propiedad de vivir; y como el cuerpo animal pasa en el curso de su vida del estado sano al estado enfermo, es claro que el estudio del hombre físico debe abrazar los fenómenos y leyes de la salud, no menos que los fenómenos y leyes de la enfermedad.

De estas dos consideraciones esenciales, nace el estudio de la Anatomía ó estructura de los órganos del cuerpo del hombre, la Fisiología que explica sus funciones, la Higiene que da reglas para mantenerlos sanos é intactos, y la Medicina que indaga la naturaleza de sus lesiones y la manera capaz de restaurarlas.

Un punto de esta última ciencia es el tema que procuraré desarrollar. No poseyendo sino conocimientos elementales de la Medicina Doméstica, careciendo en lo absoluto de las dotes literarias, y sólo confiando en vuestra indulgencia, me atre-

vo á hacer un estudio brevísimo sobre "LA TUBERCULOSIS PULMONAR."

La tuberculosis es una enfermedad anatómicamente caracterizada por el desarrollo de granulaciones de estructura celular, conocidas con el nombre de tubérculos.

Esta enfermedad puede atacar á muchos órganos del cuerpo y originar resultados fatales; tomando el nombre de pulmonar, cerebral, peritoneal, etc., según el sitio donde los tubérculos estén localizados, llamándose tuberculosis generalizada cuando las granulaciones ocupan simultáneamente las principales vísceras.

De todas las enfermedades que constantemente amenazan á la mísera humanidad, ninguna es tan terrible como la tuberculosis pulmonar.

Las viruelas, la fiebre amarilla y el cólera, devastan ciudades enteras haciendo innumerables víctimas. Pero ni la fiebre amarilla, ni el cólera, ni los dos juntos pueden mostrar una lista de muertes comparable con las que ha ocasionado la tuberculosis.

Por mucho tiempo permaneció ignorada la naturaleza de esta enfermedad. Infinidad de hipótesis se hicieron acerca de este punto; pero ninguna fué demostrada satisfactoriamente, hasta que echando por tierra todas las ideas anteriormente emitidas, M. Villemin demostró que la tuberculosis es una enfermedad virulenta infecciosa é inoculable.

Quedaba demostrada la naturaleza contagiosa é infecciosa de la tuberculosis; pero faltaba descubrir el principio, el parásito, el microbio que la producía; hasta que últimamente en el año de 1882, con ayuda del microscopio, de ese ojo poderoso de la ciencia que nos revela los mundos infinitamente pequeños, los abismos de una gota, de un átomo, Koch descubrió este germen: *el bacillus tuberculosis*.

Este microbio tiene caracteres que lo distingue de los demás microorganismos: es inmóvil, su figura es semejante á una bala muy delgada, y su longitud igual á un tercio de la de

un glóbulo sanguíneo. Está provisto de granos que indudablemente son los esporos.

Estos parásitos logran introducirse en el cuerpo por medio del aire, y por esta razón la enfermedad se manifiesta primero en los pulmones. Pueden sin embargo introducirse en la sangre y de allí ser llevados á todo el cuerpo afectando algún órgano ó á todos.

Mas para que estos parásitos tengan cabida en el cuerpo humano, es necesario que éste se encuentre preparado para recibirlos.

¿Cuáles son, pues, las condiciones productoras de la modificación constitucional que es causa de la tuberculosis?

Multitud de observaciones nos han convencido de que los hijos de los tísicos están predispuestos á esta enfermedad, es decir, traen la debilidad constitucional especial, y presentan á menudo la evolución sucesiva de dos enfermedades producidas por ella: la escrófula durante la infancia, después la tuberculosis. Hay otros casos en que no teniendo el individuo ninguna afección hereditaria, sin embargo, desde su nacimiento el estado de su salud es tal, que le predispone á esta enfermedad. Por último, el individuo puede adquirir la tuberculosis al ser modificada su naturaleza por cualquiera circunstancia antihigiénica ó patológica que tienda á debilitarla. La tuberculosis es, pues, hereditaria, innata ó adquirida.

La transmisión de la tuberculosis se verifica de tres modos: por inoculación, por inhalación y por ingestión de materias morbosas. En este último caso es la leche ó la carne con que se alimenta el hombre el vehículo ó medio de transmisión.

Entre los animales domésticos hay algunos que son espontáneamente tuberculizables, tales como el buey y la vaca; en un grado menor el puerco y las aves de corral; y hay otros que son refractarios á la tuberculización espontánea, tales como el caballo, el perro, el gato, el carnero y la cabra.

En el cuerpo humano esta enfermedad se desarrolla de una manera gradual, pues así como en las tormentas de otoño se

ve algunas veces una nubecilla imperceptible apenas, blanca y ligera al principio, creciendo luego con rapidez espantosa, hasta que en alas del huracán invade el cielo azul y arroja sobre la tierra el agua y los rayos que guardaba encerrados en su seno, así la pequeña nube que con mucha frecuencia amenaza la vida de multitud de infelices, empieza á revelarse por síntomas demasiado vagos al principio, pero que después van haciéndose más y más característicos, hasta que la tos seca, el desaliento, los dolores torácicos, la pérdida de fuerzas y el enflaquecimiento, síntomas seguros de la tuberculosis, no nos dejan duda de la terrible tempestad que está á punto de desplomarse sobre esos seres desgraciados, que quizá apenas tocaban los albores de la vida, cuando ya parecen hundirse en la obscura y eterna noche del sepulcro.

Pasado el primer período de enfermedad, continúa avanzando hasta llegar al que se designa por segundo período.

En éste todos los síntomas anteriores se exacerban; el calor aumenta hasta convertirse en fiebre y sobreviene la consunción.

Extremadamente variable es la duración y el progreso de la tisis pulmonar, siendo en muchos casos tan lento, que por mucho tiempo parece ser una batalla incierta entre la enfermedad y la naturaleza del individuo.

El término natural de esta enfermedad es la muerte producida por la tisis; sin embargo, no hay que creer que el individuo que tiene tuberculosis ha recibido su sentencia de muerte; pues si bien en la mayoría de los casos tiene un desenlace fatal, también es verdad que hay una minoría que puede alcanzar una curación completa; esto sucede cuando la substancia tuberculosa se inscrustra de sales calcáreas; pero cuando esto no pasa la enfermedad sigue sus progresos fatales.

Para evitar el contagio es indispensable que la pieza destinada al enfermo esté suficientemente aireada, iluminada y ventilada; enteramente independiente de la familia y con el menor número de muebles posible, pues según aconseja Ri-

chard, es necesario limitar en lo posible el campo de infección, por ser más fácil no infectar que verse en la necesidad de desinfectar.

Las personas que indispensablemente tengan que estar al lado del enfermo, usarán vestidos especiales que abandonarán al comer ó al aproximarse á otras personas, evitando en lo absoluto el uso de los objetos que hayan servido al enfermo, y cuidando que los restos de sus alimentos no sean tomados ni aun por los animales domésticos.

Las soluciones de sulfato de cobre ó de cloruro de cal, son los mejores antisépticos que pueden usarse, tanto para lavarse las manos como para desinfectar las substancias que el enfermo arroje, las cuales previamente serán recogidas en una vasija, evitando de esta manera el desarrollo de los gérmenes.

Un tratamiento acertado podrá detener la enfermedad, ó al menos, cuando la curación sea imposible, contribuirá al único objeto y esperanza que puede quedar y es el de aliviar los sufrimientos del enfermo.

¡Noble é interesante es la ciencia médica! Ella nos ayuda á luchar contra la fatalidad de la muerte y el dolor, que unidos nos combaten sin cesar, difundiendo el terror, la desesperación, donde poco antes se escuchaban los cantos de alegría y las risas de felicidad.

Hoy que el progreso en su veloz carrera va destruyendo los obstáculos que se oponen á su paso, debe considerar como el más preciado de sus lauros y la mejor y más bella de sus palmas, los que obtengan el día en que penetrando hasta las más apartadas y desconocidas regiones, difunda por do quiera el importantísimo arte de curar.

La Medicina es una ciencia que interesa á la humanidad en general, y sobre todo á la mujer, que nacida para el bien, siendo su corazón el cáliz depositario de ese rocío divino, de ese bálsamo precioso que con el nombre de amor calma los sufrimientos y endulza la existencia del hombre, encuentra su mayor placer en sacrificar los goces de su vida por enjugar las

lágrimas ardientes del desgraciado que para ella no tiene más títulos que la palabra santa y divina de caridad.

Cuando rotos los diques levantados por la preocupación se haya formado la mujer que la civilización exige y la ley del progreso ha dibujado, entonces y sólo entonces, será cuando siguiendo los impulsos de su corazón, el grito de su entusiasmo y la voz de su deber, conquistará lauros inmarcesibles sobre las tinieblas de la ignorancia y llegará ser el ángel de la caridad, el ángel de la redención y el ángel del porvenir.

México, 13 de Julio de 1895.

BEATRIZ GARCÍA.

LAS HUELGAS.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

LA economía política va penetrando en la vida íntima de los pueblos sin saberlo ellos mismos, sin quererlo, y á veces, oponiéndole una porfiada resistencia. La verdad se abre paso y los obstáculos retardan, pero no impiden su marcha. Todas las verdades son de sumo interés para el hombre y para la sociedad; pero una de las que por decirlo así lleva la palma, es la económica, pues tiene tanta mayor importancia, cuanto que el hombre es movido, aun en los actos de más heroica abnegación, por el amor de sí mismo; y como dice Bastiat: "sus necesidades existen y es pueril cuestionar si sería mejor que no existiesen." Van siempre con él, y no hay posibilidad de que las contemple impasible y sin poner en ejercicio las facultades que ha recibido para satisfacerlas. La ciencia económica las estudia, y examina los medios de hacer cesar el sufrimiento que nos hacen sentir.

Suponer que su estudio es inútil ó indiferente, es suponer también que lo es el estudio del ser humano, de su desenvolvimiento y de la acción de sus facultades sobre la materia y el espíritu.

La ciencia observa las relaciones de causalidad que existen